



PINTINA CUNEO

# EL MURO



6

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2020

© 2020 Pitina Cuneo

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[El muro](#)

# El muro

Silvana intentaba conciliar un sueño que tardaba en aparecer, uno imposible desde hacía días. Únicamente pretendía dar una cabezada, una siesta, aunque fuese corta, sería de gran ayuda, ya que llevaba varias noches durmiendo mal, noches eternas en las que no dejaba de dar vueltas en la cama. Horas interminables de pensar. De pensar en mil cosas de manera continua.

La primera semana de cuarentena había pasado ya, y lo había hecho con la sensación de no acabar de creer lo que estaba sucediendo. Pero debía enfrentarse a los próximos siete días de aislamiento y los pronósticos no eran nada halagüeños. Cada vez que escuchaba que las semanas podían alargarse la noticia le provocaba una terrible desazón añadida a su ya alterado estado de nervios.

Y su vecino de patio no estaba ayudando demasiado. Agotada de escuchar aquel golpeteo infernal, se deshizo de la manta del sofá con un gesto brusco y se levantó de un salto. Aquel hombre del bajo de al lado llevaba dando pelotazos contra el muro divisorio casi una hora, estaba desquiciada ya. Su paciencia había llegado al límite.

Con gran estrépito, abrió la puerta corredera que comunicaba la cocina con el patio y proyectando la voz hacia la tapia se encaró con aquel extraño con el que le había tocado convivir.

—¡Eh! ¡¡El de la pelota!!

Sabía que era un hombre a quien se estaba dirigiendo, esa presencia incómoda que compartía casa con otros dos chicos más, al menos así lo creía, porque en ocasiones, demasiadas para su gusto, las voces en la casa de al lado se multiplicaban hasta el infinito. Sí, tenía unos vecinos muy sociables, unos escandalosos chicos que hacían más vida en el patio que en el interior de su vivienda.

No podía ponerle cara a ninguno de ellos, puesto que rara vez coincidía con alguno de los inquilinos de su edificio. Por horario de trabajo, porque no era muy dada a entablar conversaciones

superficiales con la gente o porque la mayoría de veces que salía de casa, si escuchaba que alguien utilizaba el ascensor, esperaba unos segundos tras su puerta hasta que le llegaba el sonido del portal al cerrarse, evitando así un encuentro con cualquier vecino.

En otras ocasiones, y al regresar a casa, había detenido sus pasos antes de llegar al edificio. No entraba en este hasta que el portal se quedaba completamente vacío. No, Silvana no era muy sociable y tampoco creía que fuese algo imprescindible, no al menos con los vecinos. Por lo que desconocía por completo la cara del rey del tenis al que le estaba dando alaridos en ese instante.

El incansable pom, pom, pom, siguió retumbando en su cerebro. Silvana, separándose de la puerta de la cocina, se acercó más y gritó de nuevo, con el mismo éxito que la primera vez. Entonces se alejó unos pasos del muro y haciendo bocina con ambas manos gritó con todas sus fuerzas:

—¡Para! ¡¡¡Para con la pelota, por Dios!!!

Silencio. Los ojos de Silvana se abrieron de manera sorpresiva. No podía creer que el ruido hubiese cesado. Entonces respiró aliviada, aunque, a decir verdad, que no se escuchase nada tan solo sirvió para que fuese más perceptible el dolor pulsante en sus sienes y sabía que este se debía únicamente al incordio al que el vecino la estaba sometiendo.

—Creo que el partido hace tiempo que lo perdiste, ¿por qué no dejas ya de dar pelotazos y te vas a leer un rato?

—Perdona, ¿me estás hablando a mí? —preguntó una voz desde el otro lado.

—¿Acaso hay alguien más en todo el edificio reventando pelotas contra mi muro?

—También es mi muro, además, son las cinco de la tarde, no la una de la madrugada —se defendió él.

—¿Quieres que te recuerde lo que hacéis tus amigos y tú a la una, a las dos, a las tres y a las seis de la madrugada? —Silvana, con los brazos en jarras le hablaba a aquella pared como si pudiera tener ante ella a la persona a la que estaba recriminando.

—¿A las cuatro y a las cinco no sabes lo que hacemos?

Silvana frunció el ceño extrañada, no entendía la pregunta.

—¿Qué dices?

—Como no has nombrado esas horas y de las tres de la madrugada te has pasado a las seis, pues no sé, por eso te pregunto.

—¡Vaya! Eres gracioso, ¿eh? Molesto y gracioso, lástima que estén los teatros cerrados y no puedas acudir a hacer tu monólogo semanal.

Esperó la réplica, sabía que no tardaría en llegar.

—Tú eres «la tacones», ¿no?

—¿Qué me has llamado?

—Pues eso, la tacones, la que se pasa el día como si desfilase por las pasarelas de Roma, Milán y París en sesión continua. ¿Se te ha ocurrido alguna vez quitarte los zapatos cuando vuelves a casa?

—No vives en el piso de abajo, no sé por qué te molesta, en cambio no sabes lo irritante que es escuchar vuestras risotadas cada vez que montáis un botellón aquí afuera, como si fueseis monicacos de quince años. Sin hablar, claro está, de esas niñas salidas a las que invitáis de vez en cuando para que vosotros parezcáis más burros de lo que habitualmente ya sois.

Escuchó murmurar, pero sin llegar a entender nada. De repente sonó un gran pelotazo.

—Uno: tengo tus tacones clavados en el cerebro, no sabes cómo retumban, cómo me taladra el cerebro ese tac, tac, tac. ¿De qué crees que están hechas las paredes? ¿De hormigón y acero?

Otro pelotazo se escuchó con más intensidad.

—Dos: mis compañeros y yo nunca hemos molestado entre semana y hasta donde yo sé ningún vecino se ha quejado.

Ya iba a replicarle a eso cuando un tercer pelotazo sonó como si quisiera reventar el muro.

—Tres: ¡¡vecina cotilla!! Si tanto te gusta escuchar conversaciones, no lo hagas tras la tapia, ven un día y así compruebas lo burro que me puedo llegar a poner.

—¡¿Cotilla?! Pero si vuestras tontadas se escuchan hasta en Saturno y sin necesidad de satélite.

Ya daba por zanjada la discusión cuando un nuevo pelotazo se estrelló dándole un susto tremendo.

—Cuatro: me aburro, ¡no sabes cuánto! —La pelota volvía a golpear en el muro—. Cinco: hay que hacer deporte, aunque estemos de cuarentena. —Nuevo pelotazo—. Seis: soy el mismísimo Nadal en la final de Roland Garros...

Silvana no se quedó a escuchar el predecible «siete», entró a la carrera en la cocina y agarrando la jarra del agua que descansaba sobre la encimera, la llenó a rebosar hasta arriba del todo y salió de nuevo.

Aquel hombre continuaba dando pelotazos y contando, y con cada número soltaba una sandez igual o peor que la anterior. Entrecerró los ojos, quería adivinar por el sonido de su voz a cuánta distancia estaría de la separación; pasados unos segundos de duda lanzó con todas sus fuerzas el agua por encima de su cabeza. El sonido cesó al instante para escucharse una retahíla de improperios.

—Once —anunció Silvana—, tras un largo partido es conveniente darse una ducha.

—Me has calado las zapatillas al completo, ¿lo sabes?

—Vaya, ¿solo las zapatillas? Pues qué lástima.

Los improperios continuaron sonando unos minutos más, pero ella prefirió ignorarlos. Se encaminó hasta el salón y buscó con el mando algo que ver en televisión. Al cabo de un intenso repaso, del canal uno hasta el ciento y pico, el sonido del timbre la sobresaltó. El corazón se aceleró en su pecho. Cuando los timbrazos dieron paso a los golpes, Silvana apagó el televisor, repitiéndose, convencida, que no pensaba abrir, puesto que intuía quién estaba tras la puerta.

—¡¡Abre, tacones!! —No se había equivocado, él era su intuición.

Entonces se asustó, quizá había ido demasiado lejos en lo de vengarse del tipo aquel. Agobiada, buscó sus cascos, escucharía música en su teléfono, «ya se cansará», pensó, acomodándose en el sofá.



Silvana, frente a la puerta del frigorífico, repasaba sus provisiones. No eran muy abundantes, la compra quincenal que había hecho antes del inicio de la cuarentena estaba llegando a las últimas. A medida que pasaban los días se sentía más nerviosa. Únicamente había salido a la calle para tirar la basura al contenedor situado frente a su edificio, pero aventurarse hasta la tienda le generaba estrés y ansiedad solamente de pensarlo.

En varias ocasiones se había arreglado, colgándose el bolso al hombro para permanecer inmóvil durante unos eternos minutos con la mano posada en el picaporte sin atreverse a salir. Le entraban sudores de saberse rodeada de gente, de estar frente a la cajera, guardando su compra en bolsas, una compra que la dependienta debía tocar irremediablemente. Se imaginaba que encontraría clientes en los pasillos a los que debería evitar, que tocaría los productos que otros ya habían tocado antes y que habían devuelto a las estanterías, tendría que coger cesta, una cesta que tocaban todos. El verbo 'tocar' tenía una dimensión tan gigantesca que era en lo único que pensaba si barajaba la opción de pisar la calle, bloqueándose por completo.

Ser asmática y no disponer de mascarilla no facilitaba las cosas. Quizá debería recurrir a alguien y pedir ayuda, un vecino tal vez. Entonces, una figura sin rostro vino hasta ella; sí, el tenista del muro, raqueta en mano, probablemente estaría más que dispuesto a hacerle la compra para después lanzársela hasta su patio como si de proyectiles se tratase. Agitó la cabeza frustrada, harta con aquel encierro que sabía necesario pero que la estaba sobrepasando. Ni siquiera sabía si tenía el humor suficiente para enfrentar la tercera semana de confinamiento.

El teletrabajo de las mañanas era un gran alivio para no pensar en todo lo que el mundo estaba viviendo. Días atrás había tomado la resolución de dejar de ver las noticias, las cifras eran tan desoladoras que acababa llorando. Luego se reñía. Las personas que quería estaban bien, tenía un trabajo, uno que iba a conservar cuando todo pasase, un empleo que no había perdido como por desgracia le estaba ocurriendo a tanta gente. No podía evitarlo y se sentía tremendamente egoísta, únicamente tenía que estar en casa,

pero había días que se le hacía muy cuesta arriba.

En los días de bajón no hacía nada fuera del trabajo: no leía, sus ejercicios de yoga directamente los eliminaba de su rutina, comía cualquier cosa y se le hacía de noche sin quitarse el pijama y hecha un completo desastre. Otros, en cambio, era invadida por el espíritu de la limpieza y entonces ordenaba, clasificaba y quitaba el polvo hasta de lugares donde nunca se había preocupado en mover los muebles.

Y esa tarde era una de las de sesión de pijama intensivo. Uno de los días de desidia y aburrimiento. No recordaba la última vez que se había lavado el pelo, a decir verdad, hacía dos días que ni siquiera se duchaba. Se encontraba cómodamente instalada en una tumbona del patio, buscando esa sensación de aire libre sin salir de casa, mientras leía un rato, pero debía rendirse a la evidencia: no conseguía concentrarse. El vecino estaba disputando un partido de fútbol, una actividad frecuente al otro lado del muro. No entendía cómo en un espacio tan pequeño se podía corretear y andar dando balonazos, pero aquellos hombres, así lo decían sus gritos de euforia cuando se juntaban todos, al parecer disfrutaban mucho.

En alguna ocasión en la que había subido hasta la terraza no había podido evitar asomarse para mirar ese patio pegado al suyo, diez metros por cinco, y al fondo una pequeña portería donde disparaban como si estuviesen disputando la Copa de Europa.

Si cerraba los ojos podía imaginarse a ese extraño chutando contra aquella miniportería. Lo sabía solo, puesto que no escuchaba más voz que la suya desde hacía días. Aquel hombre no solo no había dejado de jugar al tenis contra su tapia, alternaba los pelotazos con los balonazos. Silvana, sin detenerse a pensar en lo que hacía, ni medir las consecuencias de lo que iba a generar, se incorporó y se encaminó hasta el trastero del fondo. Tras una búsqueda minuciosa encontró lo que necesitaba: una manguera que años atrás había comprado cuando todavía tenía ilusión por convertir su patio en un maravilloso y exuberante vergel. Sacó los diez metros de rollo y los conectó al grifo.

—Sí, señoras y señores, gol de Ronaldo, de nuevo por la escuadra, un patadón que la tacones no ha podido frenar... El

público grita: Ronaldo, Ronaldo y no deja de silbar a la tacones... Uhhh, uhhh, fuera, fuera...

Ese hombre llevaba así tres tardes ya y no lo soportaba, tenía los nervios de punta. Decidida, abrió el grifo y se plantó en medio del patio, al instante notó cómo el agua llenaba la manguera y la presión en su interior hizo que esta se agitase entre sus manos; el imperioso chorro estaba deseoso por salir, por abandonar aquel estrecho canal para desbordarse hacia el exterior contra algo... o contra alguien. Entonces, abrió la válvula de salida y agitó la boquilla en todas las direcciones por encima del muro, sabía que en esa ocasión él tampoco se salvaba de una ducha.

Al cabo de un rato cerró el grifo y agudizó el oído. Pero no escuchó nada y aquello la inquietó. Tiró la manguera al suelo y sin dejar de mirar hacia el muro se sentó en una silla. El silencio era tal que podía percibir su respiración, «¿esta es la calma que precede a la tormenta?», se preguntó inquieta. No se atrevía ni a moverse, a la espera de cualquier cosa que llegase desde detrás de aquel muro o incluso por encima.

Al cabo de un momento percibió el sonido de una mesa arrastrándose, después, todo apuntaba a que su vecino estaba rebuscando algo en el trastero, uno parecido al que ella tenía en su patio. Oyó más golpes mientras su mirada se perdía entre sus pies, enfundados en unas horribles pantuflas que ya estaba empezando a odiar porque era lo único que calzaba desde que había empezado la cuarentena.

Su vista ascendió por la pernera de su pantalón y distinguió un par de bonitas manchas de la salsa de tomate de los espaguetis del medio día. No se alteró demasiado ante la visión.

A continuación se miró las uñas, necesitaba una manicura con urgencia, el esmalte se había caído a medias, y en lugar de eliminarlo en condiciones se dedicaba a rascarlo con otra de sus uñas cuando la pereza la invadía. Por un momento una extraña sensación la envolvió, del mismo modo que si estuviese siendo observada. Paseó la vista por todo el patio sintiéndose absurda. «¿Qué estás buscando, Silvana?», se preguntó inquieta. Entonces lo vio: una cara asomada al otro lado del muro; pegó un grito al

tiempo que daba un respingo que la hizo saltar de la silla.

—¡Qué susto! —chilló Silvana.

—Pero no tan grande como para provocarte la muerte, ¿verdad?

—¿Qué haces? —le dijo a aquella cabeza allí asomada.

—Quería verte, quería ver la cara de la bombera —apuntó socarrón.

Aquello le hizo sonreír, pero con rapidez apartó la cara para que él no viese su sonrisa.

—¿Te estás riendo?

—No... ¿Cómo te has subido ahí?

—¿Una mesa? ¿Una silla? ¿Una escalera ridícula? Y, sobre todo: unas ganas increíbles de decirte a la cara lo que pienso de ti, ¡¡bruja!!

—¿Has acabado? —dijo ella cruzándose de brazos.

—Nooo, todavía no he empezado a expulsar las palabras por todo lo que me provocas.

—Digo, que si has acabado la Champions League, más que nada por si debo esperar a las repeticiones en el VAR o puedo hacerte entrega ya de la copa.

—¡Ahh, la copa! —exclamó él poniendo los ojos en blanco—. Has de saber que para hacer entrega de premios hay que vestir en condiciones y yo no sé cuánto tiempo hace que tú no te miras en un espejo.

Notó cómo él la recorría de arriba abajo y vuelta de nuevo: cara de aprensión, ojos de espanto, boca torcida y sorna, mucha sorna reflejada en aquella mirada que la estaba taladrando.

—Creo que llevo el atuendo necesario para darle la copa al grano en el culo más grande que he tenido nunca —le soltó ella sin inmutarse.

Dicho lo cual, se giró para desaparecer por la puerta de la cocina, desde donde fue fácilmente distinguible el estruendo que el cuerpo del futbolista aficionado había provocado al caer, junto a la torre de muebles que, según él, había apilado para comunicarse con ella. Silvana, asustada, regresó hasta el patio y se acercó al muro. Agudizó el oído, pero no se escuchaba nada y se asustó.

—Oye, ¿estás bien?

—¿Acaso te importa? —Lo escuchó entre quejidos.

—No me gustaría que tu muerte pesara en mi conciencia.

Algo muy parecido a «cabrona» le llegó desde el otro lado.

—Estoy pensando que tal vez si te disculpases podríamos intentar mantener una relación entre vecinos, no hablo de una cordial y afable; con que sea mínimamente correcta ya me conformo — sentenció complacida con su sugerencia. Tenía la vana esperanza de suavizar un tanto las cosas con aquel hombre y así poder pedirle el favor de que le ayudase con la compra.

Unas histriónicas carcajadas se elevaron desde el otro lado del muro.

—¿Tacones?

—¿Qué? —contestó, arrepintiéndose de inmediato por responder ante ese apelativo.

—No sé si sabes que no te conoce nadie en el edificio, pareces evitar a todo el mundo. Vivo aquí desde hace poco tiempo, pero estoy convencido de que yo conozco a más vecinos por su nombre de los que conoces tú.

Aquello era cierto, nunca como en esos momentos le había pesado tanto su renuencia a relacionarse con el resto de inquilinos.

—¿Qué pasa? ¿Que estás más sola que la una y ahora te das cuenta? ¿Y qué quieres? ¿Algún favor...? ¿Uno sexual, tal vez? No eres mi tipo, esas pantuflas me han bajado la poca libido que me quedaba aquí encerrado. Y tus pintas... ¡Ay, vecina! Y pensar que yo me imaginaba en la soledad de mi cama unas largas y preciosas piernas y al final esos tacones que no dejaba de escuchar...

Su voz sonaba sensual y eso le hizo tragar saliva a Silvana.

—Una preciosa melena, limpia y lustrosa, un bonito pecho bajo un ceñido suéter, uno que resaltase tus encantos y no esa camiseta de pijama llena de bolas. Un buen culo, prieto, enfundado en un vaquero que marque tu cintura y que quite el sentido mientras te contoneas. ¡¡Vamos!! Una bonita mujer y no una harpía resentida, vete a saber con quién o por qué, a la que le jode cualquier actividad en la que otros disfruten.

Silvana no dejaba de mirarse mientras él describía su desastroso aspecto, pero no sentía rabia por lo que estaba describiendo, sino

por la razón que llevaba con lo sola que se sentía y, sobre todo, lo acertado de su último comentario: sí, le molestaba terriblemente comprobar cómo el resto del mundo lo pasaba bien, acababa de cumplir treinta y dos años y a veces tenía razonamientos de anciana amargada. Pensó en contestarle de manera desabrida, o quizá en lanzarle una nueva pulla, pero se sentía agotada y también, por qué no reconocerlo, triste y algo humillada con los comentarios de aquel extraño.

—Tan solo buscaba a alguien que pueda salir a la calle a comprar un par de cosas para mí —dijo con voz trémula.

Para cuando él empezó a llamarla, ella ya se había encerrado en su habitación. Desde allí le llegó el sonido del timbre de la puerta y unos minutos después sonó el telefonillo del portal. Sabía que ese chico no despegaría el dedo del botón, así que se decidió a hablar con él. Al conectar la pantalla ahí estaba el rostro que había visto asomado al muro.

—¿Por qué no has dicho antes que necesitabas ayuda? —inquirió él.

—No he sido demasiado agradable últimamente —contestó con pesar.

—No, no mucho —concedió él—. Pero bueno, no importa. ¿No puedes salir?

—Soy persona de riesgo, no tengo mascarilla y me da pánico acercarme hasta la tienda.

—No te preocupes, anota mi teléfono y me envías la lista. Yo lo pago, ya me devolverás el dinero. Cuando esté de vuelta te dejo la compra en la puerta.

Después de anotar su número y de enviarle lo que necesitaba de manera más urgente, se animó a darse una ducha y a cambiar el pijama por alguna prenda más o menos decente, con el único fin de no tener que causarle vergüenza de nuevo con su inquietante aspecto al abrir la puerta.

Para cuando sonó el timbre, Silvana ya lucía un aspecto, si no tan seductor como él había descrito no hacía mucho en el patio, sí al menos algo más agradable. Con el pelo todavía húmedo se había hecho un moño bajo. Había echado su pijama a lavar, por fin, y lo había cambiado por un sencillo vestido negro al que asomaba un cuello y unos puños de camisa blanca. Unas bonitas bailarinas rojas de charol brillaban en sus pies. Abrió con cuidado, aunque él, prudentemente, se había situado lo más alejado posible de la puerta.

—¡Hola! —saludó con timidez.

—¡Hola! —dijo él con una gran sonrisa en los labios.

Por unos segundos sus ojos no dejaron de mirarse, los de ambos eran de color marrón. Los de él grandes y expresivos, los de ella almendrados y un tanto tristes. Pegado a la pared, separados por más de dos metros, tenía a un chico de unos treinta años, de estatura media, delgado, de anchos hombros y tez morena. Silvana detuvo su mirada sobre la boca de su vecino: una sonrisa grande y sincera llenaba aquel rostro y algo le dijo que la curva de esos labios hacia arriba era una seña de identidad en él. Después del intercambio de miradas necesario para reconocerse en futuros encuentros, bajó la vista hasta las bolsas que había en el suelo.

—He usado guantes, pero no olvides desinfectarlo todo... Bueno, ya lo sabes de sobra —dijo cortado—. Esto... siento los balonazos, pero necesito hacer algo, me he quedado sin trabajo y hay momentos en los que creo que voy a volverme loco.

Aquel hombre tenía razón, era tiempo de ser consecuente con lo que estaban viviendo, un confinamiento que podía minar la moral del más optimista y ella tan solo daba quejas por el rato de diversión que él disfrutaba en el patio.

—¿Estás solo? —preguntó absurdamente, puesto que de sobra sabía la respuesta.

—Sí, mis dos compañeros se marcharon a casa de sus padres antes de que todo esto empezara. Yo decidí quedarme para no perjudicar a la familia, ya que en casa vive mi abuela.

Silvana volvía a contemplarlo en silencio: sus pantalones vaqueros un tanto caídos, el pelo revuelto y algo húmedo todavía

tras sus manguerazos... Y unas pupilas que se clavaban en ella con expectación. En sus ojos, Silvana creyó leer todas esas dudas que durante mucho tiempo habrían inundado a aquel chico mientras se imaginaba a la vecina de los tacones. «Este es un buen momento para disculparte», se riñó ella en silencio. Pero ninguna palabra salió de sus labios.

—Lo que necesites, me avisas —ofreció él afectuoso.

—Gracias.

—De nada... tacones.

—Silvana —dijo ella regalándole una sonrisa.

—Álvaro —se presentó dando un paso adelante con una gran sonrisa estirando sus labios, pero al ver el paso atrás que ella acababa de dar se detuvo en seco—. Joder, se me olvida.

Silvana no había troceado ni deshuesado un pollo en toda su vida. En la lista de la compra había pedido pechuga y muslos, era evidente que Álvaro, al no encontrar nada de eso, se había decantado por comprar el pollo entero, y ahí estaba ella, esgrimiendo un cuchillo sin apenas filo y cometiendo un nuevo crimen contra aquel animal ya muerto. Primero sudó para separar las partes más grandes, después se agobió al no tener ni la más remota idea de cómo trocearlo de una manera limpia y con cortes del tipo más cercano a los que haría un carnicero. Y por último, simplemente, reía al observar el desaguisado que había formado sobre la encimera de su cocina: si hubiera introducido un petardo por el trasero del pollo y lo hubiera hecho estallar la imagen sería menos aterradora de lo que estaba contemplando en esos momentos.

La siguiente sorpresa le llegó cuando sostenía entre sus manos el paquete de compresas que él le había comprado. «Pero ¿esto se sigue fabricando? Por Dios, ¿quién usa estos pañales?», se preguntaba incrédula contemplando aquellas enormes y gruesas compresas.



Los yogures no eran desnatados, la leche era entera, el café no era descafeinado, el pan no era integral, las galletas no eran sin azúcar... Sin poder evitarlo, se echó a reír de nuevo pensando en Álvaro y en las dificultades que había tenido para encontrar lo que ella le había encargado. Le debía una disculpa y se la iba a ofrecer. Asomándose al patio vislumbró luz por encima del muro, de modo que se atrevió a llamarlo:

—¿Álvaro? —Esperó unos segundos antes de llamarlo nuevamente—. ¿Álvaro?

—Dime, Silvana.

No había duda de lo extraño e incómodo, ahora que ya se conocían, que resultaba hablarle a aquella tapia. Se lanzaba a decirle algo a su vecino cuando él la sorprendió:

—Antes de que me digas nada, sé que no he comprado exactamente lo que había anotado en tu lista, pero es que no te haces una idea de cómo están las estanterías... De vacías, quiero decir. —Álvaro sonó agobiado.

—Tranquilo, no importa, me apañaré. Pero no iba a decirte eso.

—Ah, ¿no?

Ahora Álvaro le sonaba extrañado y ella pensó que tal vez él estaba esperando una regañina por su parte y de nuevo volvía a sentirse mal, ese chico debía de pensar que era poco menos que un ogro.

—Pues dime.

—Quería pedirte perdón, siento las duchas, la del otro día y la de hoy. Siento mi carácter, mis quejas, mis palabras...

—Bueno, en realidad nunca antes te habías quejado. Entiendo que vivimos en una situación difícil para todos con este encierro y que la paciencia se agota y yo con mis actividades deportivas igual no he ayudado mucho.

Se hizo un silencio. Silvana deseaba añadir algo más, pero indecisa le deseó buenas noches para desaparecer en el interior de su cocina.

El día había amanecido soleado y brillante, invitando a disfrutar de esa luminosidad, de modo que se animó a trasladar su mesa de trabajo al exterior. Abrió el enorme parasol, para que la luz no deslumbrase, sobre la pantalla de su portátil y empezó sus sesiones en la *classroom* con sus alumnos. Al cabo de una hora escuchó a Álvaro trastear tras el muro. Ya iba a lanzarle un cordial «buenos días» cuando detuvo su lengua. Agitó la cabeza apesadumbrada con ella misma y continuó tecleando.

—¡Buenos días!

Silvana puso los ojos en blanco. Estaba claro que la cordialidad no era su fuerte; en cambio, Álvaro no sentía tantos miramientos para ofrecerle un simple saludo.

—Buenos días —le deseó.

—¿Trabajando? Estoy escuchando tu tecleo un buen rato ya —inquirió él.

Mediante un escueto resumen puso al día a Álvaro de su labor como profesora de matemáticas en secundaria. «Ahora lo apropiado sería que te interesases por su profesión, te dijo que se ha quedado sin trabajo, sé educada, por Dios», se alentaba en silencio. Pero de nuevo permaneció callada.

—Hasta hace tres semanas yo también tenía trabajo, ahora soy un parado más... como miles debido a esta cuarentena.

Silvana negaba con la cabeza al comprobar cómo él no tenía reparo alguno en mantener una agradable conversación y ella en cambio se mostraba renuente. Sin saber qué decirle, se lanzó a confesarle algo que le rondaba la cabeza desde días atrás, tras los reproches tan merecidos de Álvaro:

—Escucha... debo reconocer que tan solo en una ocasión tus compañeros y tú habéis estado hasta tarde en el patio, mi malestar del otro día fue un tanto excesivo.

—Sí, se nos pasaron las horas volando esa noche, lo siento.

—Ya no importa, pero ¿sabes? —No sin asombro por su parte, notó cómo las palabras llegaban hasta su boca y clamaban por salir —. Ahora daría lo que fuese porque todo esto no estuviera ocurriendo y poder aceptar esa invitación para ir hasta tu casa.

—¿Y ver lo burro que me pongo? —le recordó él.

Silvana se echó a reír.

—Y compartir unas risas con alguien, más bien.

—¿En serio te gustaría?

—Sí, pero no es posible, debemos mantener las distancias y... bueno, ya sabes. Pero sería agradable ver a alguien todos los días, compartir unas charlas... ¿Álvaro, estás ahí?

—¿Eh? Sí, sí, estaba pensando.

—Bueno, no te molesto más.

Ya se disponía a reanudar su trabajo cuando unas palabras sobrevolaron el muro y le hicieron cerrar los ojos llena de vergüenza:

—Respecto a las compresas... —empezó a decir Álvaro.

—Mira, ese tema mejor lo dejamos —lo cortó con una rapidez sorprendente.

—Ufff, es que ni de eso queda, te compré de lo único que había en la estantería.

—Y ya te podrás imaginar por qué, ¿no? —dijo sarcástica.

—Pues no soy un experto, pero no se parecen en nada a esas que anuncian por televisión... Esto... sí, dejamos el tema.

Silvana se echó a reír imaginándose con aquello pegado a sus braguitas, un escalofrío aprensivo la recorrió de arriba abajo.

De pie ante la encimera añadía sacarina a su café con leche. Bostezó un par de veces y un segundo después un fuerte golpe la asustó, provenía del patio y se asomó a mirar. Otro fuerte impacto chocó contra el muro de separación haciendo que una enorme grieta se dibujase en él. «¿Álvaro intenta derribar la pared?», se preguntó asustada.

Agarró la escalera que permanecía tumbada en el suelo y apoyándola en la tapia se dispuso a subir los peldaños para ver qué estaba pasando por la cabeza de aquel hombre. Antes de iniciar el ascenso llegaron hasta ella unos gritos provenientes de un piso superior.

—¡¡Ehhh!! ¿Se puede saber qué haces?

Silvana miró hacia arriba, el vecino del segundo se asomaba a la ventana con cara de malas pulgas.

—Una mujer está en peligro, voy a ayudarla. —Ese era Álvaro y ella no pudo evitar sonreír.

—¿No me digas? ¿Una mujer como esa? ¿La que te está mirando subida a la escalera?

Álvaro elevó la vista para encontrarse con los ojos asustados de Silvana.

—¿Qué haces? —le preguntó él entre susurros—. Entra en casa, escóndete, que parezca que necesitas ayuda.

Antes de que Silvana pudiera replicarle, el vecino gritón volvía al ataque con sus voces:

—¡Existe una cosa que se llama timbre! —aulló desde lo alto.

—No me abría la puerta y me he asustado —comentó Álvaro con tranquilidad.

—¡Pues llama a los bomberos, majadero!

Silvana agitó la cabeza ante la locura de aquel chico, que, sonriéndole de oreja a oreja, continuó dando mazazos.

—Voy a llamar a la policía. —El vecino volvía a la carga.

—Es mi muro, no el suyo, así que aquí la policía no pinta nada —le gritó Álvaro.

—Pero ¿vas en serio? —le preguntó Silvana interviniendo al fin en aquella locura.

—Sí, baja de ahí, voy a abrir un boquete.

—Pero ¡¿para qué?! —Silvana no entendía qué pretendía, aparte de revolucionar a todo el edificio.

—Para vernos y hablar cara a cara sin hacerlo a través del muro, ¿te parece bien o paro? Porque acabo de empezar, pero ya estoy medio muerto —proclamó Álvaro con hombros y brazos caídos.

Por toda respuesta se limitó a sonrojarse hasta la raíz de su pelo. Aquello era sin duda muy bonito, tanto que acababa de emocionarse. No pensaba negarse a esa propuesta y sin nada que añadir, bajó con cuidado los peldaños y se apartó lo suficiente para que ningún cascote pudiera alcanzarla.

Álvaro, mientras tanto, continuaba dando golpes. Para cuando

empezó a abrirse un pequeño agujero, los niños del vecino del tercero no dejaban de dar gritos y voces de ánimo, alentando a que siguiese con aquella tarea. En unos minutos logró ver la cara de Álvaro, este se había detenido en sus labores de demolición y la miraba sudoroso y sonriente.

—¡Hola, vecina! —dijo exultante.

—¿De dónde has sacado esa maza? —inquirió curiosa.

—Los albañiles la dejaron en la terraza junto a otras herramientas, hasta que no regresen a acabar las obras es mía... ¿Tú crees que antes de que termine la cuarentena habré abierto un hueco lo suficientemente grande como para que podamos vernos de cuerpo entero? ¡¡Joder, estoy roto!! —se lamentaba Álvaro entre jadeos, provocando la risa de Silvana.

Tras horas de trabajo, entre las que hubo descansos, gritos de algún vecino, ánimos de otros y sonrisas por parte de Silvana cada vez que comprobaba cómo se iba agrandando el agujero, al fin Álvaro logró abrir un hueco más que considerable por el que se podían ver sin problema alguno.

Un hueco que les permitía charlar, cada uno sentado en una tumbona de sus respectivos patios. Podían, además, compartir la hora del desayuno, un café, largas charlas, en las que ella descubrió que su gran pasión era dibujar pero que se había quedado aparcada desde que había empezado a trabajar como diseñador de páginas web. Silvana lo ánimo a retomar el dibujo. Recomendación que no cayó en saco roto puesto que Álvaro le enviaba a su móvil fotos de los dibujos que estaba haciendo.

En uno de aquellos envíos, Silvana se reconoció en el dibujo, le parecía increíble lo bien que había captado los detalles de su rostro.

—¿Esta soy yo de cuarentena? —le había preguntado a través del boquete en el muro, halagada con el detalle. Su horrible pijama también aparecía allí retratado.

—Sí, ¿cómo te gustaría verte? Dímelo y te dibujo, será una forma de evadirte de esta realidad —ofreció él.

Silvana no contestó, se limitó a mirarlo, allí plantado, mostrando una gran sonrisa mientras sujetaba la taza de su café. Ni siquiera se había vestido, aunque debía reconocer que él tenía mejor aspecto

en pijama que ella.

—¿No se te ocurre nada? —insistió él con la pregunta.

—Sí, sí se me ocurre... Me gustaría verme a mí misma dando un abrazo, eso significaría que el peligro ha pasado, que podemos volver a la normalidad... —Silvana desvió la vista hasta sus pies mientras él la miraba con atención—. Me gustaría poder besar, acariciar y sentir de nuevo a otro —dijo casi en un susurro.

Todo eso ya lo echaba de menos desde mucho antes de la cuarentena, pero sabía, aun sin tenerlo, que sentir piel con piel a otra persona era algo que en esos largos y grises días, sin duda, apaciguarían la tristeza de quienes pudieran disfrutar de esas sensaciones.

—¿Te gustaría verte haciendo el amor, quizá? —la pregunta de Álvaro le sonó especialmente bonita.

Sonrió sin levantar la vista y agitó débilmente la cabeza.

—Pues yo tengo trabajo y tú también, que tengas buen día —le deseó antes de desaparecer de su vista.

Su petición se vio satisfecha a la mañana siguiente: acababa de reconocerse abrazada a otro cuerpo, el de un hombre al que Álvaro había dejado el rostro en sombras. El dibujo apareció pegado al cristal de la puerta corredera de su cocina. Lugar que fue elegido por su vecino para dejarle un nuevo dibujo cada día, unos trazos perfectamente ejecutados que poco tardó Silvana en comprender que formaban parte de una historieta de la que él iba haciendo entregas diarias.

Al abrazo le siguió un beso, donde parecía que el hombre de tinta que ella tenía enfrente la quisiera devorar con la boca. Tras el beso, el dibujo sin rostro le subía la falda de un vaporoso vestido. Los dibujos iban subiendo la intensidad de sus gestos mientras ella se acaloraba cada vez que amanecía y encontraba una nueva viñeta pegada a la cristallera de su cocina.

Y mientras desayunaban, o tras la comida, tomaban un café,

sentados uno frente al otro; él charlaba y reía sobre mil cosas, pero nunca haciendo alusión a sus dibujos. Los días ya no se hacían tan largos y Silvana tan solo deseaba que amaneciese de nuevo para llegar hasta su cocina y verse allí reflejada en una nueva escena de sexo con un extraño. La de esa mañana era especialmente sensual: ella, echada sobre una mesa, completamente desnuda, con sus pechos expuestos y los ojos cerrados, giraba a medias su rostro lleno de placer, mientras él lamía una de sus sonrosadas y endurecidas areolas; mientras, una mano sujetaba con firmeza una pierna y la otra se perdía entre su sexo, abierto sin pudor alguno para él.

Su yo del dibujo continuó haciendo el amor con el extraño sin rostro, en las más variadas y ardientes posturas: desde atrás, ella sentada sobre él, un tranquilo misionero, contra la pared...

Con piernas temblorosas, miraba una nueva escena: ella tumbada en la cama, su media melena castaña extendida sobre la almohada y él con el rostro enterrado en su sexo. Una cálida humedad crecía entre sus piernas, un leve estremecimiento recorrió su bajo vientre y creyó que su respiración se agitaba como si aquello no fuese una imagen plasmada en papel, sino unos labios ardientes que se posaban sobre ella para hacerla estremecer. Se acababa de sonrojar. Entonces entendió que esa mañana no era capaz de salir y compartir el instante del desayuno con él. Le envió un mensaje de disculpa alegando que tenía trabajo atrasado.

Un trabajo que la mantuvo concentrada al máximo más allá de sus obligadas horas, puesto que permaneció absorta en no sabía muy bien qué, hasta que se percató de que ya anochecía cuando recibió un mensaje al móvil:

«Sal al patio, por favor».

No encontraba excusa alguna que dar, así que hizo lo que le pedía. Conforme iba aproximándose vio unas velas sobre la mesa. Intentando obviar los dibujos pegados en la cristalera, se asomó a la puerta y miró hacia el muro, unas velas idénticas brillaban sobre la mesa de Álvaro.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —dijo él apareciendo por el boquete de pronto—. Mira, me he vestido para la ocasión.

Observó su delgado cuerpo enfundado en un impecable y elegante traje negro.

—Sabes que no podemos —dijo sin poder ocultar la emoción que aquella invitación le provocaba.

—Tú ahí y yo aquí, ¡claro que podemos! Y sobre todo podemos compartir el momento. Pensaba cocinar para los dos, pero para no correr ningún riesgo, cada cual prepara su cena, ¿qué me dices?

—Que sí —contestó ilusionada sin dudarlo.

Silvana se encaminó hasta su habitación para vestirse del mismo modo en que él la había imaginado en cada ocasión en las que el sonido de sus tacones traspasaba la pared que los separaba y él debía aguantar aquel tac, tac, tac. Pantalón vaquero claro, desgastado y muy ajustado, un bonito suéter color negro, holgado del cuello pero ceñido a su pecho, marcando las curvas de este y su melena suelta, si no muy brillante al menos limpia y bien peinada. Después de semanas sin hacerlo volvió a maquillarse.

Y, por supuesto, no olvidó calzarse con unos altos y bonitos tacones. Nada más salir al patio la sonrisa que vislumbró en el rostro que enmarcaba aquel tosco boquete no necesitaba palabra alguna. Acercándose hasta donde la prudencia lo permitía se atrevió a preguntarle a Álvaro:

—¿Qué es lo primero que te gustaría hacer cuando acabe la cuarentena?

La sonrisa de su vecino se ensanchó hasta el infinito.

—Me gustaría besarte —proclamó él.

—¿Y qué harás después de besarme? —Su propia pregunta llevaba implícito que ella aceptaba ese beso.

Silvana observó cómo el pecho de Álvaro subía y bajaba, sabía que de estar abrazados podría percibir su respiración agitada. Sin dejar de mirarla, se demoró en contestar lo que a ella le pareció una eternidad. Hasta que al final sonó su voz:

—Voy a ponerle rostro al dibujo del hombre que te ha hecho el amor.